


De la solastalgia *ocho relatos naturales*

JUAN BAUTISTA DURÁN (ed.)



JUAN VILLA
ANA SANTAMARÍA
ANDREA MAYO
ERNESTO ESCOBAR ULLOA
CONSTANZA TERNICIER
KARLA SUÁREZ
MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ
JUAN BAUTISTA DURÁN

C

Editorial Comba



Siete años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2021

Colección Narrativa

De la solastalgia
ocho relatos naturales

JUAN BAUTISTA DURÁN (ed.)

JUAN VILLA
CONSTANZA TERNICIER
KARLA SUÁREZ
ANA SANTAMARÍA
ANDREA MAYO
MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ
ERNESTO ESCOBAR ULLOA
JUAN BAUTISTA DURÁN



Editorial Comba

Imagen de la portada:

‘Son d’ancestres’, pintura de Jordi Dalmau y Lúdia Górriz

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez, Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista Durán, 2021

© Editorial Comba, 2021
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-124638-0-4

DL: B-18.500-2021

Índice

El miembro fantasma JUAN VILLA	9
Filatelia CONSTANZA TERNICIER	23
El pájaro KARLA SUÁREZ	37
Se llamaba Hansel ANA SANTAMARÍA	49
La importancia del silencio de una mosca ANDREA MAYO	63
¿Qué harías si yo muriera? MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ	73

Aurora	
ERNESTO ESCOBAR ULLOA	85
El tiempo de la espera	
JUAN BAUTISTA DURÁN	101
Referencia biográfica	113

Solastalgia: *angustia por las consecuencias del cambio climático o los desastres medioambientales.*

Fundéu RAE

El miembro fantasma

JUAN VILLA

Mi recuerdo más antiguo —creo— es una imagen muda o, mejor, una secuencia de imágenes mudas de colores desvaídos; una especie de grisalla de formas sin apenas contornos fundidas en una niebla fría, como esos estilizados paisajes que los chinos bosquejan con manchas de tinta. Es invierno, la marisma está arriada; el agua llega al pie de mi casa. Mi casa se asienta en una lomita suave —*veta* se las llama allí a esas elevaciones del terreno—. Estoy solo. Camino por el pasillo central de la vivienda, en dirección a la puerta, atraído por la luz cruda que penetra por sus hojas abiertas de par en par. Llovizna. Sobre el umbral, mi madre ha puesto un tablón de madera, en vertical, de más o menos mi altura, que va de lado a lado de la puerta para impedirle el paso al agua. Conforme camino hacia la entrada, veo cómo una figura va ocupando el vano, una figura que parece flotar sobre las aguas. Primero es la cabeza de un caballo con un ligero cabeceo lo que aparece. Luego el jinete —que podría ser mi padre, aunque eso no sabría

decirlo ahora—, envuelto en un capote oscuro de hule. El jinete lleva puesta una gorra y un pañuelo de yerba tapándole la cara; va algo inclinado hacia delante, para evitar que la lluvia le golpee el rostro, con un ligero cabeceo también, como de resignación. El caballo lleva una cuerda amarrada a la cola, tensas ambas. El otro extremo de la cuerda va atado a un *cajón*, una especie de canoa de fondo plano con la que se viaja por la marisma cuando está inundada. El cajón va lleno de borregas.

De puntillas, logro alcanzar con las manos el borde del tablero de madera al que apenas sobrepasan mis ojos. Me asomo al exterior. Veo cómo las borregas dirigen hacia mí sus miradas mansas. El cajón va desapareciendo de mi campo de visión, suave y lentamente. Y el silencio luego, la nada: una pantalla azulosa en la que parecen bullir miles de destellos, como al final de las películas en los cines antiguos.

Y ahí termina, como les digo, mi posible primer recuerdo.

No sé cuánto tiempo pudo transcurrir entre este posible primer recuerdo y otro que también conservo muy vivo. La cronología de los recuerdos suele ser confusa por lo general. Este otro me lleva a la primera vez que monté a caballo. Tenía siempre mi padre dos caballos, uno veterano, que era su herramienta de trabajo diaria, y un potro al que iba domando para cuando llegara el momento de la sustitución. El veterano de aquel entonces era un caballo árabe, tordo, muy manso, por edad y por la propia condición de su raza. *Centenario*

se llamaba. Mi padre me tomó por las axilas y en un suspiro me vi sobre el lomo de Centenario. Luego él montó el suyo y, llevando el mío de cabestro, salimos al paso a la ancha marisma.

Miré al horizonte, que me resultó nuevo, distinto al que estaba acostumbrado a ver desde mi escasa altura de entonces. Sorprendido, entendí o percibí o constaté de alguna manera que había otra forma de ver el mundo. De aquella mirada a ras de suelo de mi primer recuerdo, de aquella percepción de lo inmediato, había pasado a mirar desde lo alto, desde un púlpito. Y no es ésta sólo una cuestión de altura, es otra cosa: ir montado a caballo es algo así como el estrado para el juez, una marca de autoridad, de su estar por encima. El caballo te despeja de la tierra. Cuando vas a caballo no tienes que mirar donde pisas, el caballo ya se encarga por ti. Montado a caballo, no sabe uno bien de qué, pero te sientes protegido, a salvo, ungido; la capacidad para reflexionar se multiplica; es más, el sosiego que te produce el ir montado casi te obliga a la reflexión. Puedes olvidar tu cuerpo, tus pies, el movimiento de tus brazos, el espacio inmediato que te envuelve. Toda tu capacidad se centra en tus sentidos ahora liberados: en la vista, en el oído, en el olfato... que mandan señales a tu cerebro, totalmente disponible, despejado, solícito en esos momentos. Se podría decir que, al pasar del plano corto a la panorámica, podemos pasar de la simple atención, o la alerta, a la reflexión, del exterior al interior. Casi todos los grandes imperios se construyeron a lomos de caballo, cuando los jinetes pudieron mirar a lo lejos,

cuando entendieron que los horizontes lejanos se podían alcanzar. El caballo procura ambición al jinete, amplía sus expectativas. De todo eso, sin racionalizarlo, claro, me vine a enterar aquel día.

En otra ocasión, podría ser más o menos por el mismo tiempo, o quizás fuera yo algo mayor —ya que íbamos los dos a caballo—, acompañé a mi padre a repasar las vallas de la finca. Repasar las vallas, los alambres, los hincos, es tarea frecuente del guarda. Se dispuso a sustituir un hincó podrido por su base. Tomó el palín y empezó a excavar un hoyo bastante profundo para hincar el nuevo. Fue entonces cuando observé cómo la tierra iba cambiando conforme cavaba, cómo iba cambiando de color, cómo iba cambiando de textura... Introduje curioso la mano en el hoyo y tomé un puñado de tierra. Lo que recogí era en su mayoría conchas marinas. Miré a mi alrededor, a lo inmediato y a lo lejano, como buscando explicación. Sabía yo que el mar estaba a kilómetros de allí. Le pregunté a mi padre por aquel hallazgo tan chocante. Sonrió ante mi asombro y se encogió de hombros: eso ha sido siempre así, niño, me respondió.

Existía por tanto una tercera manera de mirar, de enfocar un territorio —y cualquier otro tipo de realidad, natural o no— y de entenderlo: ahondando en él, leyendo en lo oculto, en lo que no se ve, en lo profundo, que no deja de ser el sostén de todo.

Fueron para mí esas experiencias, pienso ahora, una cierta forma de epifanía, trina y una, como la Santísima

Trinidad. Y pienso también, tanto tiempo después, que fue esa triple mirada la que me llevó a ser lo que soy, la que me conformó como profesional, e incluso diría que hasta como persona: mirar las cosas, y lo que las contiene, desde las raíces a la copa pasando por el tronco para poder conocer y entender así el árbol en su totalidad. La suma de las tres miradas sería la que te aproximaría a una comprensión más cierta de la realidad, la que cierra el círculo —hasta donde tal círculo pueda cerrarse— de posibilidades del conocimiento.

Con esas tres herramientas comencé a explorar el mundo, mi mundo.

Para el que lo mirara desde fuera, mi mundo podía resultar muy reducido; sensación que yo nunca tuve, sino justo la contraria. La marisma siempre me resultó inabarcable, y a día de hoy, después de tanto tiempo estudiándola, me lo sigue resultando.

La casa familiar, como os dije antes, se asentaba sobre una veta. La fachada principal miraba a levante. Se llegaba a ella bordeando un extenso huerto. Tenía dos entradas, por una se accedía a la cuadra, al granero y al pajar, y por otra a nuestra vivienda. Al entrar en nuestra vivienda, inmediatamente a la izquierda, había un salón con chimenea donde se hacía la vida. Una cocina a continuación y dos dormitorios al otro costado. Fuera, un horizonte circular, lejano, inmenso; nada ni nadie más a la vista: espacio y silencio.

Desde mi cuarto, solía oír el crepitar del fuego por las mañanas, siempre en la frontera del amanecer. El

trasteo de mi madre en la cocina con la loza y el runrún del molinillo del café. Mi padre recorriendo el cerrojo de la puerta para salir a echarle el pienso a las bestias y a ordeñar una cabra para la leche del desayuno.

La vida era sencilla, pero no simple, ni monótona. La vida estaba llena de novedades, de sorpresas para quien era capaz de percatarse de ellas, de interpretar las señales que hacían que cada día fuera único. En invierno la marisma es un lago, y nunca es la misma marisma la que emerge en primavera, ni la que se seca en verano, ni la que va tomando el agua en otoño. El habitante de la marisma está abocado a una especie de nomadismo estático, de trashumancia inmóvil; es como si en cada estación se trasladara a vivir a un lugar distinto.

Si me preguntarais qué era lo característico de cada estación, qué era lo que tan radicalmente oponía unas a otras, para mí por lo menos, no dudaría en identificar la primavera —aunque entiendo que es una simplificación— con el denso olor de la manzanilla. Emergían por millones las matas de manzanilla en la marisma, aún arriada, con sus pétalos blancos y su llamativo botón de polen amarillo. Un fuerte olor empapaba el aire, un olor dulce y picante a la vez, que te llegaba en oleadas mientras los cascos del caballo iban rompiendo el agua, y se alejaban chapoteando nerviosamente con sus alas los *gallaretos*, las *gaitas*, los *mancones*... En los *paciles*, que eran terrenos algo más bajos que las vetas, dominaba el olor de la magarza, de los lirios y las margaritas, y el canto de la codorniz y de la calandria. Los *paciles* eran también la zona de los nidos, el mayor aliciente de la

primavera para mí, sobre todo dar con el nido del alcaraván; igual que lo peor era el pavor que me daban las culebras bastardas, agresivas y enormes que en más de una ocasión me persiguieron un buen trecho. Si tuviera que resumirlo en dos palabras, diría que la primavera era aromas y cantos, que no son más que dos formas de salud, el de la flora y el de la fauna.

En verano era rey el sol, siempre. El sol secaba las pajas del bayunco y de la castañuela y las volvía ocre, y calentaba el aire hasta dilatarlo, adensarlo, y hacerlo ascender deformando los almajares, rojos en esos días, que aparecían en el horizonte retorciéndose como las almas en pena en una representación naif del infierno. Estaba luego lo que por allí le llamábamos el *aumento*, el espejismo marismeno, que era el relucir de la sal de los lucios secos, las zonas más bajas. Aparecían como lagunas, espejos deformantes de todo lo que lo transitaba. Las vacas y las yeguas parecían flotar a lo lejos, con un temblor característico, como llamas de luz blanca.

En otoño la corona pasaba a los insectos, la veta se llenaba de miles de grillos, de mosquitos, y nacía la estación con la expectación por la llegada de los primeros bandos de ánsares. La música era otra, el cantar de los ranos y el bullicio de los corros de patos en los lucios. Y era también cuando aparecían las primeras flores violeta del venenillo sobre la tierra calcinada.

Agua, el agua era la reina del invierno. La atmósfera limpia y clara, como las propias aguas. Miles y miles de ánsares, de patos y de pájaros de todo tipo y por todo sitio. Posiblemente para mí la mejor época, o por lo

menos así la conservo en el recuerdo, en mi casa sobre la veta, como en una isla, con un extraño sentimiento de seguridad y de sosiego.

Salía mi padre todos los días a caballo para repasar la finca y, de camino, a los animales que eran de su propiedad, una concesión de los amos que le valía para redondear su escaso sueldo. Una tropa de trescientas o cuatrocientas borregas y quince o veinte vacas de carne. Mi madre, en sus afanes caseros y controlando mis correrías en las cercanías de la veta, porque sabía que en aquellas soledades en cualquier momento puede pasar algo. Muy pronto me enseñaron a pastorear las borregas. Me contaba mi madre cómo me veía a lo lejos entre ellas, sobrepasando apenas mi altura la de sus lomos.

La primera pasión que desarrollé, y que mantengo viva hasta hoy, fue el coleccionismo: huesos, conchas, huevos, plumas, cráneos, dientes, cuernos y cuernas... que ordenada y clasificaba escrupulosamente y que terminaron por ocupar la casi totalidad de mi tiempo y de mi cuarto distribuidos en cajas de zapatos apiladas.

A los nueve años me enviaron a un internado, a un colegio de Maristas. Si tuviera que elegir, que explicar cuál fue mi primer y mayor desasosiego, no dudaría en decir que el ruido. Percibía aquel nuevo mundo como la voz de una radio con el dial desajustado. Yo era desenvuelto, y no torpe, por lo que me adapté pronto al ritmo de las clases y al estudio. No puedo decir que tuviera problema académico alguno, todo fluyó bien

desde un principio; sólo la falta de silencio me desasosegó durante mucho tiempo.

Cuando digo silencio, me quiero referir al silencio de la marisma. El silencio es antes que nada la posibilidad de oír, un medio, el éter en el que flotan los sonidos, los mensajes; en el que se conforma la armonía, una armonía que el ruido descompone, mata.

En la marisma el silencio nunca está vacío, aunque nunca ocupado permanentemente. Entonces no sería silencio. El silencio es el tiempo entre dos notas, un tiempo de quietud y de expectación. Tengo que decir que esas notas fueron también una de mis colecciones, de las más preciadas. Como ya dije, el sonido del invierno era sobre todo el de los patos, sus diferentes graznidos marcando las horas del día. El verano era más duro porque el silencio se volvía más torvo, terminaba por agobiar, la indolencia se instalaba en la marisma, enmudecía. Poseo una amplia colección de sonidos marismeños, pero sería ahora algo largo de contar.

Parece ser que las sensaciones de los miembros fantasmas —las que producen una pierna, una mano o incluso un simple diente que te amputen— se deben a que la parte del cerebro que los regía sigue activa, se niega a dar por perdidos a sus pupilos y, misteriosamente, sigue recibiendo sus llamadas, que suelen ser por lo general de dolor por la pérdida, aunque no necesariamente. También con la amputación de lo que podíamos llamar lo intangible puede suceder, sucede de hecho. No sé si habrá un hueco en el cerebro que se encargue de ello,

pero cosas como las que les conté antes, las borregas mirándome, Centenario, las conchas marinas... o el silencio o los sonidos de la marisma, siguen operando en mí como lo haría un miembro fantasma, y de manera curiosamente ambigua: dolorosa por la pérdida y placentera por haberlo disfrutado. Tanto los malos como los buenos recuerdos provocan siempre sentimientos encontrados: los malos, alegría porque ya pasaron y tristeza por lo que fueron; los buenos, alegría por lo que fueron y tristeza porque ya pasaron. Así que hasta cierto punto no sabemos cuáles son mejores, si los buenos o los malos. Cuando un recuerdo de aquellos días me asalta, suele presentarse como un aguijonazo para ir derivando luego a sonrisa: nadie me lo va a quitar.

Mis años de infancia en la marisma habían generado sus propios circuitos cerebrales, y ahí han estado operando contra toda evidencia a lo largo de mi vida. Los años de universidad, de trabajo luego, han estado iluminados por aquellas primeras experiencias. Hasta mi tesis doctoral está enraizada en aquellos años, en aquellas epifanías originales. Dejar mi territorio supuso una amputación de la que una parte de mi cerebro nunca se quiso dar por enterada: la marisma pervive en mí como un miembro fantasma.

Aunque tuvo sus avisos, percibí, sin quererlo aceptar quizás, cómo todo aquello se estaba acabando. Al volver un verano, observé cómo mi padre había dejado de cantiñear flamenco mientras atendía sus faenas, algo que llevaba haciendo toda su vida y que fue siempre para mí un atributo sustancial de su figura. Fueron